

los mayores enemigos de Jesucristo, y por los hombres más opuestos a sus preceptos; porque verdaderamente vivimos como si hubiéramos hecho empeño de practicar en todo lo contrario de lo que nos dejó mandado. (S. Juan Crisóst., lib. 1, de compunc. cord., sent. 168, Tric. T. 6, p. 333.)"

"No hemos venido a este mundo, ni vivimos en él para comer y beber, antes bien, comemos y bebemos para poder vivir. (S. Juan Crisóst., de Lázaro, Conc. 1, n. 8, sent. 191, Tric. T. 6, p. 337.)"

"Es cosa indigna del verdadero cristiano, abandonarse a los chistes y a las chanzas indecentes. Las carcajadas de risa, rompen los lazos de la templanza, destruyen la cristiana gravedad, denotan el olvido del temor de Dios, y la poca aprensión de las penas eternas: la risa prepara el camino a la impureza; las chanzas son señales de intemperancia; las bufonadas nos llevan a la relajación y a las disoluciones, y nos grangean el desprecio. Por esto el Apóstol ordena a los de Efeso: Que no se oigan entre ellos palabras libres ni bufonadas, porque no convienen a su vocación, sino solamente palabras de acción de gracias. (S. Juan Crisóst., Religionem facetiis uti non debere, in Sp., sent. 251, Tric. T. 6, p. 352.)"

"¿Véis estos vasos sagrados? ¿No es verdad que sólo para un uso están destinados? ¿Habrá alguno tan atrevido que use de ellos para otra cosa, que para los sagrados misterios? Advierta el cristiano que él es más santo y mucho más santo que estos sagrados vasos. ¿Por qué, pues, os profanáis y os mancháis con tanta facilidad?

"No busque el cristiano descanso en esta vida, ni pretenda gozar en ella una segura tranquilidad. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, cap. 3, ad Timot., sent. 372, Tric. T. 6, p. 381.)"

"La primera virtud del cristiano y la que comprende todas las demás, es vivir como caminante y extranjero en la tierra: no tomar parte en las cosas y asuntos del mundo; mirarlas todas sin apego, como que están fuera y separadas de nosotros. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, ad Hebr., sent. 386, Tric. T. 6, p. 384.)"

"¿Qué haremos para salvarnos? Empecemos por arreglar nuestra vida según las leyes de la virtud, mientras tenemos tiempo. Hagamos entre nosotros una distribución de virtudes, como se hace la de los campos a un labrador. Dispongamos vencer en este mes la ira y el furor: impongámonos esta ley, y digamos, hoy hemos de ejecutar esta acción buena; aprendamos este mes a ser sufridos, y después pasaremos a conseguir esta virtud, y en adquiriendo hábito iremos a otra:

haciendo lo que practicamos en las ciencias; en las cuales, sin olvidar las aprendidas se pasa de unas a otras sucesivamente. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, al Hebr., sent. 387, Tric. ibid., ibid.)”

—“Todo nos parece difícil, porque no recurrimos a Dios como debiéramos, y no le tenemos siempre presente en nuestro pensamiento. (S. Juan Crisóst., Homl. 25, ad Hebr., sent. 388, Tric. ibid., ibid.)”

“No debemos poner nuestra alegría en las cosas exteriores, sino en nosotros mismos. (S. Agustín, Psalm. 54, sent. 72, Tric. T. 7, p. 461.)”

“Si sois buenos sólo tendréis por enemigos a los malos. (S. Agust., ibid., sent. 73, Tric. ibid., ibid.)”

“Haced lo bueno con alegría, y lo haréis bien; pero si lo ejecutáis con tristeza, se dirá propiamente hablando, que padecéis, no que hacéis. (S. Agust., Psalm. 91, sent. 138, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Cada uno se sacrifique y se ofrezca a Dios: ríndase a Dios, que esto es lo que se le pide, y lo que se le debe. Es necesario dar al Cesar su imagen, y también es preciso volver a Dios su imagen. (S. Agust., Psalm. 116, sent., 155, Tric. T. 7, p. 468.)”

“Conoce, cristiano, tu dignidad, y pues te ves elevado al consorcio de la Divina Naturaleza, no quieras con indigna conversación volver a la vileza antigua: ten presente a que cabeza y a qué cuerpo perteneces como miembro; no te olvides de que sacándote del poder de las tinieblas, te han trasladado a la luz y al Reino de Dios. Quedaste hecho templo del Espíritu Santo por medio del Bautismo: no auyentes con tus perversas acciones un tan grande Habitador, para sujetarle de nuevo a la esclavitud del demonio. Advierte, que la sangre de Jesucristo es la sangre que costaste, y que te ha de juzgar con verdad el que te redimió con misericordia, el que por los siglos de los siglos vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo. (S. León, Papa, Serm. 21, c. 2, sent. 14, Tric. T. 8, p. 385 y 386.)”

“No debemos celebrar el día del Nacimiento del Señor con alegría tibia y carnal; celebraremos dignamente esta festividad si cada uno de nosotros se acuerda de que cuerpo somos miembros, que cabeza es la que nos anima para que no desdiga una monstruosa conjunción, en tan sagrada estructura. (S. León, Papa, ibid., c. 5, sent. 15, Tric. ibid., p. 386.)”

“Prorrumpan con exaltación en divinas alabanzas los corazones de los creyentes, y confiesen sus maravillas los hijos de los hombres; porque en esto más que en todo conoce nuestra bajeza en cuanto la estima su Criador; pues habiendo dado mucho a nuestro primer ori-

gen, haciéndonos a su imagen, mucho más es lo que nos da a nuestra reparación, como el mismo Señor se abate a tomar la forma de siervo. (S. León, Papa., Serm. 24, c. 2, sent. 16, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Aquel afecto, hermanos míos, que excluye al amor terreno, se corrobora con la frecuencia de las buenas obras; pues es necesario que la conciencia se deleite con las buenas acciones, y haga con gusto lo que se alegraría haber ejecutado. Se abraza, pues, el ayuno, se multiplica la limosna, se guarda la justicia, se frecuenta la oración; y sucede, que el deseo de cada uno sea una misma súplica en todos. El trabajo sustenta la paciencia: la mansedumbre apaga la ira: la benevolencia pisa las envidias; las concupiscencias impuras se matan con los santos deseos; la liberalidad excluye la avaricia; y las riquezas se hacen instrumento de las virtudes. (S. León, Papa, Salm. 90, c. 4, sent. 71, Tric. T. S, p. 401.)”

“Conozca el hombre la dignidad de su ser, y en tienda que está hecho a imagen y semejanza de su Criador: no se asuste tanto con las miserias en que cayó por aquel grandísimo y común pecado, que no aspire a la misericordia de su Redentor; pues este dice: Sed santos, supuesto que Yo soy Santo; esto es, amadme, y absteneos de lo que me desagrada. Haced lo que Yo y absteneos de lo que me desagrada. Haced lo que Yo quiero, y quered lo que Yo hago; cuando os parezca difícil lo que mando, acudid al que os lo manda, para que de donde salió el precepto os venga el auxilio; no negaré el socorro. Yo que di la voluntad. (S. León Papa, Serm. 94, c. 2, sent. 76, Tric. T. 8, p. 402.)”

“De tal modo debemos transformar en nosqotros las cosas buenas que leemos, que al mismo tiempo que agradan al espíritu, conformemos a ellas nuestra vida con nuestras acciones. (S. Gregorio el Grande, lib. 1, Mor. Expos. in Job., sent. 2, Tric. T. 9, p. 231.)”

“Sed tales, cuales deseáis parecer a los otros. Vuestro vestido y vuestro porte dan a entender vuestra profesión; no os déis en espectáculo; no déis lugar a que hablen mal de vosotros; huid de los malos; evitad las concurrencias que no son buenas; buscad la compañía de las gentes honradas; desead su útil y santa sociedad; trabad estrecha amistad con las personas de santa vida; más vale sufrir el odio de los malos que perderse por enlaces funestos a la virtud. (S. Anselmo, Exhort., ad contemptum temporalium, sent. 20, Tric. T. 9, p. 344.)”

“Sed irreproscibles en vuestras palabras, y útiles en vuestras conversaciones, para que los que escuchan puedan sacar el fruto y la

edificación que deben esperar; usad de la discreción para saber lo que habéis de decir y lo que habéis de callar: siempre tengan vuestros discursos, y aun el mismo silencio, alguna cosa que edifique e instruya; pensad muy despacio lo que habéis de decir; jamás disputéis; sellad vuestros labios con la discreción; detened con el freno del silencio la demasiada de una exacta circunspección; abrid la boca solamente cuando os pregunten. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 21, Tric. *ibid.*, *ibid.*.)

“Hablad poco; el que habla mucho no puede menos de caer en alguna falta; el hombre que habla demasiado no tiene juicio; el prudente dice mucho en pocas palabras; es una locura perder el tiempo en el flujo de unas palabras que todos se cansan de oirlas; la verdadera ciencia abrevia el discurso y es muy avara de palabras; el ignorante hace mucho ruido para no decir cosa alguna que sea sensata; la voz del imprudente se pierde en una multitud de discursos que manifiestan el extravío de su entendimiento; arreglad siempre cuanto sale de vuestra boca; medid vuestras palabras; jamás pisen vuestras conversaciones los términos de la equidad y de la decencia que siempre deben arreglar su medida, y balancear su peso. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 22, Tric. *ibid.*, p. 344 y 345.)”

“En materia dudosa deliberad despacio, antes de resolver el partido conveniente; reflexionad con madurez sobre las consecuencias de vuestras acciones; no sea demasiada vuestra lentitud cuando se trata de hacer algún bien; no seáis negligentes ni torpes para las cosas buenas. Cuando es útil obrar, ya malo es dilatarlo. La pereza apaga el ardor de los espíritus, y sofoca el fuego del ingenio. La negligencia y tibieza hacen que caigamos presto en una vergonzosa relajación que debilita el vigor del alma. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 27, Tric. *ibid.*, p. 345.)”

“Observad en vuestra conducta la justa moderación; no os separéis de las reglas saludables de la discreción; haced por los otros lo que quisiérais que hicieren con vosotros mismos; sed, respecto a los otros, lo que desearíais si estuvieseis en su lugar; guardaos de recibir las honras, cuya carga no podréis sostener. La grandeza del delito dice proporción con el grado de elevación a que cada uno ha llegado. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 30, Tric. T. 9, p. 346.)”

“Cuando se deja de hacer una cosa por necesidad, la voluntad de ejecutarlo se reputa por hecho. (S. Bernardo, Trad. Hug., n. 9, sent. 15, Tric. T. 10, p. 323.)”

“Ninguno merece mejor el enojo que aquel enemigo que se finge amigo. (De Convers., n. 33, sent. 16, Tric. T. 10, p. 323.)”

“Muchas cosas te fastidian en la ociosidad, que tomarás con deseo después del trabajo, —porque la mejor sobra es el hambre. (S. Bern., Ep. 11, sent. 35, Tric. T. 10, p. 324.)”

“La dispensa sin necesidad y utilidad, no es dispensación, sino disipación. (S. Bern., —3 de Consid., c. 4,— sent. 48, Tric. T. 10, p. 325.)”

“Si eres prudente, serás como la concha, y no como el conducto; quiero decir, no derramarás hasta estar lleno. (S. Bern., serm. 18, in Cant., n. 3, sent. 83, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Más daña un falso católico que un verdadero hereje. (S. Bern., Serm. 65, in Cant. n. 4, sent. 117, Tric. T. 10, p. 329.)”

“Maldito es el que toma para sí la peor parte. (S. Bern., lib. 1, de Consid. c. 15, sent. 132, Tric. T. 10, p. 330.)”

“De cualquier modo que nos reprendan, nos es muy útil la repremisión si la recibimos bien; porque nos enseña la Escritura, que el que aborrece que le corrijan, es un loco. No dice que le reprendan de este o de aquel modo, sino simplemente que le reprendan. Porque si vuestro amigo os reprende con razón, sírvaos para corregiros, y si lo hace sin razón, no dejéis de alabar su buena voluntad, y reconoced que os obliga; porque no procuraría reprenderos si no os amara mucho. Las correcciones son para los pecados, lo que los remedios para las llagas. (S. Juan Crisóst., Serm. de ferendis repr., n. 1, sent. 203, Tric. T. 6, p. 340.)”

“Cada uno de los fieles puede instruir a su prójimo. Si no sois capaces de corregir una iglesia, tenéis mujer a quien podéis dar vuestras instrucciones. Si no podéis predicar a todo un pueblo, tenéis hijos a quienes corregir, tenéis criados a quienes reducir a la razón. Esta escuela no es superior a vuestras fuerzas, antes bien, tenéis mejor proporción para reprender y corregir a vuestros domésticos, que los mismos Sacerdotes. Yo os hablo una vez o dos cada semana, pero vosotros a todas horas tenéis en vuestra casa discípulos que tienen obligación de escucharos. (S. Juan Crisóst., Serm. In Pentec., sent. 238, Tric. T. 6, p. 348.)”

“Si alguno, después de advertirle muchas veces que no jure, no se quiere abstener, absténgase de entrar en la iglesia, aunque sea Príncipe o el mismo Emperador. Si quieren me depondrán de mi dignidad, mas entretanto que permanezca en ella, no dejaré de cumplir con mi

obligación, por peligro alguno. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, sent. 265, Tric. T. 6, p. 355.)”

“Es como imposible que el que jura a menudo no sea perjuro algunas veces o de propósito, o sin pensarlo. De cualquiera suerte, el hombre perjuro no se puede salvar, porque un solo perjuro basta para perderle. (S. Juan Crisóst., Homl. 12, c. 5, sent. 266, Tric. ibid., ibid.)”

“Cuando somos juzgados de esta suerte, el Señor es el que nos castiga; porque más es advertencia que condenación; más es remedio que pena; y más es corrección que castigo. (S. Juan Crisóst., Homl. 28, sent. 313, Tric. T. 6, p. 387.)”

“vosotros los que llamáis a Dios Padre nuestro, tenéis a vuestro prójimo por hermano: todos los días lo estáis viendo cometer una infinidad de pecados, y con todo eso preferís conservar su gracia a su propia utilidad. No procedáis así con vuestros hermanos, porque no le podréis dar señal más grande de vuestra amistad, que reprenderle cuando hace mal. (S. Juan Crisóst., Homl. 18, sent. 345, Tric. T. 6, p. 376.)”

“El pan de la verdad es amargo al gusto de los pecadores. (S. Agust., Psalm. 5, sent. 2, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Una corrección regular hace parte de la regla, dice San Bernardo: sirve no sólo para mantener en el camino del bien a los que le siguen, sino también para apremiar a los que se conducen mal: da materia a la obediencia, y es un remedio para los que desobedecen: impide que nos entreguemos al pecado, y que abandonemos la regla. (S. Bernardo, de Praecept. et dispens., Barbier., T. 1, p. 368.)”

“La corrección preserva de la muerte espiritual y del infierno; libra del pecado; previene la caída y salva de la condenación; pone finalmente obstáculo a las faltas y a la ruina en que ordinariamente caen los jóvenes y los inferiores a quienes los padres y los superiores dejan una peligrosa y engañosa libertad y abandonan a los impulsos de la cruel concupiscencia.”

“Dios corrige con pruebas y tribulaciones. Las tribulaciones son los remedios que Dios en su amor emplea para curarnos, para apartarnos de la carne, del mundo y del pecado, para dirigirnos en el camino del espíritu y de las virtudes, y para atraernos a él; por la carne, el mundo y el demonio, nos engañan, nos ciegan y nos pierden, atrayéndonos con el ponzoñoso atractivo de los placeres. Por esto S. Crisóstomo nos representa a Dios enviando castigos a Adán y oponiéndolos a las seducciones de la serpiente: Dios es un amigo, dice, y el demo-

nio un enemigo; Dios es nuestro Salvador, y cuida de nosotros; el demonio es nuestro enemigo y seductor del hombre. El demonio quiso apoderarse de Adán haciéndole caricias: Dios dirigió a Adán reprimendas y correcciones. Pero ¿cómo se esforzó Satanás en seducir al hombre, y cómo le castigó Dios a su vez? Satanás exclamó: Seréis como dioses: Eritis sicut dii. Dios, por el contrario, dijo: Sois tierra y volveréis a la tierra: Pulvis es, et in pulvarem reverteris. ¿Quién de los dos ha sido más útil a nuestro primer padre? ¿El que le dijo: Seréis como dioses, o el que le indicó: Sois polvo y volveréis al polvo? Dios infinge la muerte; la serpiente la inmortalidad promete; pero el que promete la inmortalidad arroja del Paraíso, mientras que el que infinge la muerte lleva al cielo. ¿Véis ahora cuán preciosas son las reprimendas y correcciones de un amigo, y cuán peligrosas y perniciosas las lisonjas de un enemigo? Este ejemplo prueba evidentemente que debemos dar gracias a los que nos reprenden y corrigen: sólo nuestros verdaderos amigos emplean reprimendas y correcciones. (De Reprens. ferend., Barbier., T. 1, p. 368.)”

**Cruz.**— “Haced la señal de la cruz al comer, al beber, cuando os sentáis y cuando os acostáis, y para decirlo en una palabra, en todos tiempos y en todas ocasiones. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 4, sent. 3, Tric. T. 2, p. 336.)”

“Armaos en todas vuestras acciones con la señal de la cruz como con un escudo; porque, pues nadie se atrevería a ofender al que lleva el sello de un Rey de la tierra, ¿qué podemos tener de parte ninguna los que llevamos la insignia sagrada del Soberano Emperador del cielo? (S. Efren., de Paroch., sent. 23, Tric. T. 3, p. 80 y 81.)”

Por la cruz se cumplen todos los misterios que contribuyen a nuestra salvación: si estamos reengendrados con las aguas sagradas del Bautismo, usaron de la señal de la cruz; si comulgamos el sagrado cuerpo de Jesucristo, y nos imponen las manos para consagrarnos al ministerio del Señor, también tiene la cruz su parte; por último, en cuanto se hace, en todo se usa de esta señal de nuestra victoria. La tenemos en nuestras casas, la pintamos en nuestras paredes, la grabamos en nuestras puertas, la señalamos en la frente, y la imprimimos más profundamente en nuestro corazón. Porque la cruz es una señal que nos trae a la memoria la obra de nuestra salud, la restitución de nuestra antigua libertad, y la infinita misericordia de nuestro Salvador. (S. Juan Crisóst., Homl. 55, in c. 16, Math., sent. 63, Tric. T. 6, p. 311.)”

“No nos avergoncemos de usar de las señales de nuestra salvación, las que debemos considerar como gloriosas y sublimes; todo cuanto se hace en la Religión Cristiana, pertenece a nuestra salvación, y se obra con la señal de la cruz. Cuando renacemos de nuevo, cuando tomamos el alimento místico, cuando se ordenan los Clérigos, y en todo acto de religión que ejecutamos, nos servimos de la señal de la cruz y tenemos mucho cuidado de hacerlos pintar y grabar no sólo en la portada y paredes de nuestra casa, sino en lo interior, llevándola también sobre la frente y mucho más profundo en el corazón, por ser la señal evidente y nada equívoca de nuestra salud, de nuestra común libertad y de la bondad de nuestro Dios. (S. Juan Crisóst., de adorat., pret. Cr. sent. 152, Tric. T. 6, p. 328.)”

“Cuando hacéis la señal de la cruz, representaos toda la virtud que en la cruz se contiene, y este será un medio oportuno para sosegar la ira y reprimir en vuestras almas todos los movimientos rebeldes a la razón. Cuando hagáis, pues, la señal de la cruz en la frente, en el pecho, en los ojos y en todo el resto de vuestro cuerpo, ofreceos a Dios al mismo tiempo en espíritu. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 153, Tric. ibid., p. 329.)”

“En todas las cosas de nuestra religión nos valemos de la señal de la cruz. Por esto la cruz se llama signo, porque usamos de ella con el fin de que no se acerque mal alguno que nos infeste. (S. Juan Crisóst., de adorat, pretiosae crucis, sent. 257, Tric. T. 6, p. 353.)”

“No se avergonzó Jesucristo de entregarse al infame suplicio de la cruz por vuestro amor, y vosotros os avergonzáis de hacer la noble profesión de honrar y de agradecer un beneficio tan incomprendible. (S. Juan Crisóst., Tric. T. 6, p. 304.)”

“La cruz nos trae admirable utilidad: ella nos sirve de armas saludables y es un escudo impenetrable contra los tiros del demonio. Armémonos con la cruz en la guerra que nos hace, no llevándola solamente como estandarte, sino sufriendo los trabajos que son el verdadero aparato de la cruz. (S. Juan Crisóst., Homil. 13, Ep. ad Philip., sent. 355, Tric. T. 6, p. 377.)”

“Los fieles tienen la costumbre de armarse con la señal de la santa cruz, y nosotros nos hemos servido siempre de ella para destruir los enredos y celadas del demonio y resistir a sus ataques, porque consideramos la cruz como un muro impenetrable; en ella ponemos toda nuestra gloria, y creemos que nos procura la salud: por esto el grande Doctor, San Pablo, escribe: que sentiría gloriarse en otra cosa que no

fuese la cruz de Jesucristo. (S. Cirilo Alejandrino, in Isal. p. 294, Tom. 4, sent. 6, Tric. T. 8, p. 98.)”

“La cruz de Jesucristo es una especie de altar en donde fue sacrificado en la humana naturaleza, como una hostia saludable. Sobre aquel altar borró la sangre del cordero sin mancha la culpa de la antigua prevaricación y quedó destruido el imperio tiránico del demonio; la humanidad triunfó de la soberbia; fue tan eficaz la virtud de la fe, que de los ladrones que fueron crucificados cuando el Señor, quedó justificado a un instante el que creyó en él, y se halló digno de entrar en el Paraíso. (S. León, Papa, Serm. 53, de Pas. Dom., sent. 43, Tric. T. 8, p. 392 y 393.)”

¡Oh maravilloso poder de la cruz! ¡Oh gloria inefable de la pasión! La cruz es como el tribunal de Dios, desde donde está juzgando al mundo y ostentando su poder. (S. León, Papa, Serm. 57, sent. 46, Tric. T. 8, p. 393.)”

“Por débil que el hombre sea, siempre puede vencer con el auxilio de la cruz: ninguno hay que no pueda sentir la eficacia de la oración del Salvador: si esta fue útil para los que le perseguían, ¿qué frutos no sacarán los que siguen su partido? (S. León, Papa, Serm. 62, sent. 50, Tric. T. 8, p. 394.)”

“La cruz de Jesucristo, instrumento de la redención del género humano, es justamente sacramento y modelo; es sacramento que nos comunica la gracia, y es ejemplo que nos excita a la devoción: porque, libres ya de la cautividad, tenemos la ventaja de poder imitar a nuestro Redentor. Porque si la sabiduría humana tanto se lisonjea en sus errores, que sigue las costumbres, opiniones y modales del que ha escogido por cabeza, ¿qué razón para que nosotros, cumpliendo con el carácter de cristianos, no sigamos inseparablemente a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida? Es el camino de la santa conversación, es la verdad de la doctrina divina, y es la vida de la eterna bienaventuranza. (S. León, Papa, Serm. 72, c. 1. sent. 59, Tric. T. 8, p. 396.)”

“Debemos adorar la cruz, porque Jesucristo siempre se hallará en donde esté su representación; pero tengamos cuidado de no adorar jamás el metal o madero de que está hecha la figura de la cruz. (S. Juan Damas., de fide ortodox., c. 11, sent. 4, Tric. T. 9, p. 292.)”

“La ignominia de la cruz es agradable para el que no es ingrato al Crucificado. (S. Bern., Serm. 25, in Cant., n. 8, sent. 85, Tric. T. 10, p. 327.)”

**Culto.**— El sacrificio más acepto a Dios es el arrancar de nuestro corazón los afectos terrenos y los vicios: en esto consiste el verdadero culto. (S. Clemente, sent. 13, lib. 5, Tric. T. 1, p. 125.)”

“El culto divino en aquel que ha empezado a conocer a Dios, consiste en traer un continuo cuidado de su alma, y ocuparse en los afectos de una caridad incesante hacia su Dios. (S. Clemente, sent. 15, lib. 7, Tric. T. 1, p. 125.)”

“Nosotros solemnizamos el día de Pentecostés, y no con menos alegría que la festividad de la Pascua, porque hemos ayunado el sábado precedente, y celebrado la vigilia como antes de la Pascua, y con igual gozo, porque como entonces recibimos a nuestro Señor resucitado, ahora esperamos al Espíritu Santo que baja desde el cielo. (S. Ambrosio, in Psalm. 109, sent. 53, Tric. T. 4, p. 323.)”

“¿Es necesario culto exterior para formar una religión? Sí: es absolutamente necesario, y es bien perceptible la prueba de esta verdad. Los sentimientos de respeto, de reconocimiento y confianza y sumisión a Dios, nacerían con dificultad en los corazones humanos, y no durarían mucho tiempo si no se emplearan signos exteriores para excitarlos, conservarlos y difundirlos entre los demás. Lo que no hiere nuestros sentidos, no hace en nosotros una impresión enérgica y verdadera. Se hace, pues indispensable para el hombre un culto exterior, signos que expresen lo que siente, símbolos y ceremonias. Nosotros no podemos testificar a Dios nuestras afecciones sino por medio de los mismos signos de que nos valemos para hacerlas conocer a nuestros semejantes. (Bergier., T. 2, p. 854.)”

“El culto exterior del cristianismo, es una profesión muy clara de los dogmas de nuestra creencia: en todos tiempos ha servido para mostrar a los herejes la verdadera doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, y para ilustrar, en caso de necesidad, el verdadero sentido de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, sobre los cuales se disputaba. Así se opusieron a los arrianos los cánticos de los fieles que atribuían la Divinidad a Jesucristo; a los pelagianos, las oraciones con que la Iglesia implora continuamente el auxilio de la Divina gracia; y el Papa Celestino I remite a estas mismas oraciones a los que quieran discernir la antigua creencia de la Iglesia. Lo mismo se hizo contra los protestantes para hacerles ver que se han separado de la fe primitiva y universal, y se sacó de las antiguas liturgias un argumento contra ellos, para cuya solución no encontraron sólida respuesta. Así que, no debe espantarnos el que hubiesen suprimido el apartado de un culto exterior que los condenaba. (Bergier., ibid., p. 857.)”

“Es una lección de moral que recuerda continuamente a los hombres sus deberes hacia Dios, hacia si mismo y hacia sus semejantes; deberes que se siguen naturalmente de los dogmas de que acabamos de hablar. En efecto; si Dios es el único dispensador de los bienes de este mundo, es preciso contentarnos con lo que nos da, y no envidiar lo que se dignó conceder a los demás. Cuando nos prodiga más de lo que exigen nuestras necesidades, es justo dar parte de ello a los que viven en la escasez o en la indigencia; porque es el único árbitro de la vida y de la muerte: no es lícito atentar contra la vida de nadie...”

“El culto exterior es un vínculo de sociedad que reúne a los pies de los altares, les inspira sentimiento de fraternidad, mantiene entre ellas la paz y el orden, y contribuye a la civilización. El culto primitivo formó la sociedad doméstica; el culto mosaico, la sociedad nacional, y el culto cristiano, la sociedad universal de todos los pueblos.”

“Es un monumento de los hechos que en la continuación de los siglos han servido para probar la revelación: así la Pascua y la ofrenda de los primogénitos, recordaban a los judíos su milagrosa salida de Egipto: la Pentecostés, la publicación de la Ley sobre el monte Sinaí, etc.: la festividad del Domingo nos asegura la Resurrección de Jesucristo; y todas las demás del discurso del año celebran los principales sucesos de su vida prodigiosa, etc. (Bergier., ibid., p. 857 y 858.)”

# D

**Demonio.**— “Nadie conoce los lazos en que está preso, ni los que el demonio le prepara: nosotros somos semejantes a las gentes entregadas al vino, que no perciben los cordeles con que los van a atar, ni sienten cuando los atan. (s. Efren., —de morb. ling.— sent. 9, Tric. T. 3, p. 78.)”

“Dios clama por sus Profetas, por sus Apóstoles y Evangelistas, y pocos oyen su voz; el diablo llama a los hombres por medio de los bailes, canciones y músicas, y junta una infinidad de gentes. (S. Efren., —Cont. neg. resurrec.— sent. 16, Tric. T. 3, p. 80.)”

“Cuando los demonios se esfuerzan en abatir al alma con el temor y desesperación, otro tanto la levanta la memoria de la misericordia divina con la esperanza de los bienes eternos. Porque Aquel que nos dijo, que era necesario perdonar, no sólo siete veces, sino setenta veces siete, perdonará con más bondad a los que esperan de El su salud. (S. Efren., —de Humilit. compar.— sent. 22, Tric. T. 3, p. 80.)”

“El demonio no se introduce tan fácilmente con la tentación de la gloria humana en los espíritus perezosos y tibios, o en los rudos y pesados, como en los que son más fervorosos y más ricos de méritos y buenas obras: muchas veces derriba con la elevación del orgullo a los que no ha podido mover en otros puntos con los esfuerzos más violentos; pues juzga que cuanto más se han elevado en santidad, más proporcionados los tendrá para caer en sus emboscadas. (S. Ambrosio, —Epist. 84,— sent. 168, Tric. T. 4, p. 348.)”

“Veía yo a Satanás que caía del cielo como un rayo: no temamos, pues, a un enemigo tan débil que tiene que caer. Le dio el Señor libertad para tentar; pero no le concedió facultad para derribar, si el afecto, por no invocar el auxilio, no se resbala con facilidad. (S. Ambrosio, lib. de Parad., c. 2, sent. 2, adic. Tric. T. 4, p. 393.)”

“Todo nuestro trabajo y toda la perfección de nuestra vida, consiste en la vigilancia de nuestro corazón y en el desasimiento de nuestra

propia voluntad, por ser incapaces de ver sus tinieblas y de descubrir las emboscadas que nuestro enemigo tiene ocultas, si nuestro espíritu no se desprende del cuidado de las cosas exteriores, y no entra con aplicación con el examen de sí mismo. (S. Paulino, Ep. 24, ad Sever., sent. 3, Tric. T. 5, p. 330.)”

“En toda la figura de este mundo que pasa, y por medio de los ojos, da deleite al corazón, tiene el demonio tendidas las redes; en su hermosura está el lazo y la espada de la muerte. (S. Paulino, Ep. 2, ad Sever., sent. 3, adic. Tric. T. 5, p. 360.)”

“El demonio se esfuerza contra vosotros con mayor rabia cuando ve que procuramos arreglar nuestra vida; y cuando advierte que hemos trabajado en llenar el navío de nuestro corazón con más preciosos tesoros de gracias, hace todo cuanto puede para cansarnos un naufragio mortal. (S. Juan Crisóst., sent. 1, Homil. 1, ad popul. Antioch., Tric. T. 6, p. 300.)”

“Si el demonio no se atreve a entrar en ninguna casa en donde está el Evangelio, mucho menos se atreverá a entrar o introducir el pecado en un alma que continuamente se emplea en leerle. Santificad, pues, vuestra alma y vuestro cuerpo teniendo siempre en vuestro cuerpo y en vuestra alma el Santo Evangelio. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, in c. 3, S. Joann., sent. 79, Tric. T. 6, p. 313.)”

“Entre tanto que el demonio nos combatiere sólo por fuera, seremos bastante fuertes para resistirle; pero si le abrimos una vez la puerta de nuestra alma y dejamos entrar este peligroso enemigo, sabed que ya no tendremos fuerzas para defendernos. (S. Juan Crisóst., Sern. de pec. non evulg., n. 4, sent. 224, Tric. T. 6, p. 345.)”

“¡Qué astuto es el diablo! Como sabe que en la oración alcanzamos de Dios grandes gracias, se esfuerza cuanto puede para apartar las almas imprudentes de un ejercicio tan útil. (S. Juan Crisóst., Serm. de Canan., n. 10, sent. 247, Tric. T. 6, p. 350.)”

“Dios prometió un Reino y los hombres le desprecian. El diablo les prepara un infierno, y le honran y obedecen, siendo así, que el uno es Dios, y el otro no es más que un demonio y la más vil de todas las criaturas. (S. Juan Crisóst., Homl. 6, c. 2, sent. 263, Tric. T. 6, p. 354.)”

“Aunque el demonio es el que nos inspira el amor carnal, con todo eso, de nosotros mismos viene; porque proviene de las compañías, de las lisonjas y de la ociosidad. A la verdad, que tiene tanta fuerza la costumbre, que impone como una necesidad a la naturaleza.

Si la costumbre tiene eficacia para producir el amor malo, no tiene menos para extinguirlo, y así hemos visto que muchos han dejado de amar, porque han cesado de ver. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, c. 5, ad Corinth., sent. 335, Tric. T. 6, p. 373.)"

"Así como los que cantan los Salmos están llenos del Espíritu Santo, así los que cantan canciones disolutas y diabólicas están llenos del espíritu inmundo. (S. Juan Crisóst., Homl. 19, sent. 346, Tric. T. 6, p. 376.)"

"El que siempre tiene el infierno delante, no caerá en él: como al contrario, no le evitara el que le desprecia. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, in c. 1, ad Tesal., sent. 365, Tric. T. 6, p. 379.)"

"Dios no permite que el demonio tiente a los fieles, sino en lo preciso para su adelantamiento espiritual. (S. Agust., Salm. 63, sent. 98, Tric. T. 7, p. 463.)"

"El diablo sólo persigue a los buenos y no a los malos, porque estos son sus amigos y hacen siempre su voluntad. (S. Cesáreo de Arnés, Serm. 10, sent. 2, Tric. T. 9, p. 44.)"

"Acuérdate, infeliz, que vas caminando entre los lazos del demonio; los cuales, pro todas partes nacen debajo de tus pies: despierta temiendo que tu sueño te precipite en la sombra de una funesta muerte. Desengáñate de la ilusión de una vida larga sobre la tierra, no sea que este error te mantenga en el estado de la culpa y te tenga por más tiempo encerrado en los hábitos perniciosos. Ruega sin cesar a Jesucristo, tu Salvador, que haga que todas las aficiones de tu corazón lleven los frutos de una tierra excelente, y que toda tu vida sea como una fecunda vid, cuyo fruto merezca ser ofrecido a Dios, y que la reciba su Divina Majestad con complacencia. (S. Anselmo, Exhort., ad Contempt. temporal., sent. 2, Tric. T. 9, p. 338.)"

"Más atrevido es el enemigo para envestir por la espalda, que para resistir cara a cara. (S. Bern., Ep. 11, n. 12, sent. 36, Tric. T. 10, p. 324.)"

"No hay seguridad para el que duerme cerca de una serpiente. (S. Berna., Ep. 241, sent. 60, Tric. T. 10, p. 325.)"

"El que reusa seguir los preceptos, favorece al tentador. (S. Bern., Serm. 77, in Cant., sent. 133, Tric. T. 10, p. 330.)"

"Lo que principalmente persigue el demonio es la perseverancia, porque sabe que a sólo ella se corona. (S. Bern., Ep. 24, sent. 147. Tric. T. 10, p. 330.)"

"Es cambio infeliz y de la mayor locura, por huir del trabajo

humano, escoger con el demonio los ardores eternos. (S. Bern., Tract. de Cont. mund., ad Cler., n. 27, sent. 167, Tric. T. 10, p. 332.)”

**Desprecio del mundo.**— “Debemos creer que este reino es extraño para nosotros, y sólo son nuestras en él la fe y la religión. (S. Justino, diáл. con Trifón, n. 3, sent. 3, Tric. T. 1, p. 63.)”

“No solamente son los ojos los que viendo todos los objetos que están fuera, no tienen la facultad de verse a sí mismos, porque nuestra alma en esto es semejante: pues teniendo bastante luz para descubrir los defectos de otro, tiene muy poca para conocer los propios vicios. (S. Basilio, Homl. 9, sent. 1, Tric. T. 3, p. 190.)”

“Jesucristo dice: Si alguno viene a mí, debe renunciar a sí mismo: y después añade: y seguirme. Porque el que no se renuncia a sí mismo, ni lleva su cruz, hallará en sí mismo en el discurso de la vida mil impedimentos que no le dejarán seguir a Dios. (S. Basilio, Interrog. 239, sent. 72, Tric. T. 3, p. 203.)”

“Bienaventurado es el que no mira como propias las cosas de la tierra, ni pone su descanso en el mundo, como si fuera la verdadera patria; antes bien, llora de ver que esta estancia le está privando de las cosas mejores, y así sufre la vida como domicilio de su destierro. (S. Basilio, in Psalm. 14, sent. 1, adic. Tric. T. 3, p. 379.)”

“El que por el bautismo se crucifica con Cristo se ha despedido de todos los que viven según el mundo; está elevada su alma a la celestial conversación para poder, confiado en Cristo, decir: Nuestra conversación es en los cielos. (S. Basilio, Homl. 9, sent. 11, adic. Tric. T. 3, p. 382.)”

“Todo el mundo está puesto en la malignidad: cualquiera, pues, que se quiera apartar del mal, necesariamente ha de separarse del mundo. (S. Gregorio de Nisa, Orat. 5, sent. 13, Tric. T. 4, p. 115.)”

“Es preciso que el que desprecia lo que más resplandece en esta vida y renuncia la gloria del mundo, se renuncia a sí mismo, y a su propia alma y vida. Pero la negación de su alma consiste en no seguir su voluntad, sino la de Dios. (S. Greg. de perfect. Christ., sent. 37, Tric. T. 4, p. 120.)”

“¿Quién me dará alas como a la paloma para volar y descansar? Pues aquí solamente se hallan redes y lazos, y aunque no siempre se deja el justo prender, no obstante, se ve muchas veces turbados. (S. Ambrosio, de interpel. David, 1., b. 2. c. 2, sent. 51, Tric. T. 4, p. 323.)”

“Es preciso renunciar al mundo; es necesario dar al sueño menos

tiempo que el que pide la naturaleza; es conveniente interrumpirle con gemidos y suspiros, y emplear grande parte en oraciones; por último, necesitamos vivir de tal modo, que estemos muertos para el uso profano de la vida, y que, renunciando a nosotros mismos, mudemos enteramente de conducta. (S. Ambrosio, lib. de poenit., c. 10, sent. 116, Tric. T. 4, p. 337.)"

"Cada uno de los que viven deben representar la imagen de la muerte. El que llega a conseguir que mueran para él todos los deleites del cuerpo, muera también a los malos deseos, así como le sucedía a San Pablo cuando decía: El mundo está Crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo. (S. Ambrosio, de bon. more., c. 3, sent. 14, adic. Tric. T. 4, p. 397.)"

"Fortaleza se llama justamente, cuando cada uno se vence a sí mismo, refrena la ira, no le inclinan ni le ablandan los halagos, no le turban las adversidades no le ensoberbecen los favores ni se deja llevar de la mudanza de las cosas como a discreción de vientos diferentes. (S. Ambrosio, c. 36, de Doct. fid., lib. 33, sent. 44, adic. Tric. T. 4, p. 406.)"

"Seguid desnudos y desprendidos de todas las cosas a Jesucristo desnudo; esto es cosa difícil, dura y grande; pero también los premios serán grandes. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 13, Tric. T. 5, p. 240.)"

"No quieras parecer con afectación muy devota o muy humilde, para no pretender la gloria en los mismos medios de huir de ella: porque sucede muchas veces, que aun evitando tener testigos de nuestra pobreza, de nuestras caritativas acciones o de nuestros ayunos, tenemos intención de agradar a los hombres en aquello mismo en que parece que no pretendemos agradarles. Y de este modo vamos corriendo a las alabanzas fingiendo que procuramos alejarnos de ellas. (S. Jerónimo, ad Eustoch., c. 22, sent. 21, Tric. T. 5, p. 242.)"

"El que piensa continuamente que ha de morir, no tiene repugnancia en despreciar todas las cosas del mundo. (S. Jerón., ad Paul., c. 53, sent. 55, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Vemos muchos que se despojan de sus bienes, y no obstante, no siguen a Jesucristo; porque para seguirle, es necesario imitarle y seguir sus pisadas. (S. Jerónimo, in c. 19, S. Math., sent. 100, Tric. T. 5, p. 256.)"

"Delicado eres, hermano, si pretendes alegrarte aquí con el mundo y reinar después con Cristo. (S. Jerón., Ep. 1, ad Heliod., sent. 1, adic. Tric. T. 5, p. 352.)"

“Eustoquio y Paulo, a los que llevaban en silla los esclavos, cuando les parecían pesados los vestidos de seda, y era incendio el calor del sol: ahora barren el suelo, mondan las legumbres, ponen la mesa y distribuyen la comida. Muchas con las vírgenes que viven con ellos. ¿Quién duda que las podían encargar estos ministerios? Mas no quieren que las excedan en el trabajo del cuerpo aquellas a quienes aven-tajan en la virtud del espíritu. (S. Jerón., ad Pamen., c. 26, sent. 4, adic. Tric. T. 5, p. 353.)”

“Dios mío y Rey mío, porque reináis en mi y no reina el pecado: por esto sois mi rey. Vos sois mi Dios, porque no es mi Dios el vientre: ni el oro es mi Dios. (S. Jerón., in Psalm. 5, sent. 10, adic. Tric. T. 5, p. 354.)”

“Mayor fortaleza es carecer de las cosas que nos han quedado, que de las que ya están enagenadas y despreciar lo que tienes, que no tener que despreciar. (S. Paulino, Ep. 2, ad Sever., sent. 1, adic. Tric. T. 5, p. 360.)”

“Dejemos nuestras fuerzas para llenarnos de las divinas. (S. Paulino, Ep. 2, ad Sever., sent. 4, adic. Tric. T. 5, p. 361.)”

“Trastornamos todo el orden de las cosas, y peleamos de dos modos contra el precepto de Jesucristo: no busquéis, dice el Señor, las cosas presentes y siempre nos ocupamos en buscarlas. Buscad los bienes del cielo, nos dice, y a esto nunca nos aplicamos. No podemos pensar en ello, ni aun por una hora, y a proporción de las ansias que manifestamos por el mundo, es la tibieza que damos a entender por el cielo; pero no se quedará sin castigo esta indiferencia y esta tibieza por las cosas de Dios. (S. Juan Crisóst. Homl. 23, sent. 47, Tric. T. 6, p. 309.)”

“Ninguno se conoce mejor que el que reconoce que es nada. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 8 in Matth., sent. 53, Tric. T. 6, p. 310.)”

“Cuando queremos leer algún libro de piedad, es preciso desterrar de nuestro corazón todos los cuidados temporales y todos los pensamientos del mundo, recogiendo nuestro espíritu para que no se distraiga, y se aplique con más atención a la santa lectura, y para que gobernados por el Espíritu Santo, entendamos lo que leemos y saquemos mucho fruto. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 35, in Géns., sent. 102, Tric. T. 6, p. 318.)”

“Los cuidados y pensamientos continuos de los negocios del mundo, excitan en nuestro espíritu combates y molestas inquietudes: levantan en él tempestades que agitan sin cesar nuestras almas. Por lo

cual necesitamos recurrir siempre a Dios, principalmente por la mañana y por la noche. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, ad Hebr., sent. 151, Tric. T. 6, p. 328.)”

“Nada hay en la naturaleza que no se corrompa con el reposo. El agua que no corre, se echa presto a perder, el hierro se consume con el orín, y la tierra, si no se la cultiva, sólo produce malezas. (S. Juan Crisóstomo, sent. 207, Tric. T. 6, p. 341.)”

“Paraos en una calle o plaza pública y preguntad a todos los que van y vienen que es lo que van a hacer, y apenas hallaréis uno solo que haya salido por algún negocio espiritual. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, c. 3, sent. 303, Tric. T. 6, p. 364.)”

“Escuchadme los que sólo pensáis en las cosas de la vida presente: ¿por qué no tenéis algún cuidado de vuestra alma procurándola alguna lectura que la alimente y la sirva de remedios contra esos males? ¿De qué libros os podéis servir para esto, sino del Nuevo Testamento, de los Hechos Apostólicos y de los Santos Evangelios, escuchándolos como a Maestros que os han de instruir por toda la vida? Si os sucede algún disgusto o dolor, sacad de aquí el medicamento espiritual y el remedio del consuelo que necesitáis. Si padecéis alguna pérdida de las personas más queridas, algún menoscabo o la misma muerte, recurrid al mismo remedio, tomadle y hacedle que penetre hasta lo profundo del alma. Sabed, que la causa de todos nuestros males, es la ignorancia de las Escrituras. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, ad Clem., sent. 357, Tric. T. 6, p. 378.)”

“Aprended a no amar para saber amar; apartaos de las criaturas para convertiros al Criador: vaciad del amor del mundo vuestro corazón, para llenarlo del amor de Dios. (S. Agustín, in Psalm. 30, sent. 19, Tric. T. 7, p. 456.)”

“Digamos con utilidad mientras nos dura la vida, todas las cosas pasan: no sea que digamos inútilmente en la muerte, todas las cosas que han pasado. (S. Agustín, in Psalm., 32, sent. 29, Tric. T. 7, p. 456.)”

“La presente vida con todo cuanto la acompaña para nuestro uso, debe ser como una posada para el caminante, y no como casa del que ha de morar siempre en ella. (S. Agust., in Psalm. 32, sent. 32, Tric. T. 7, p. 457.)”

“No seréis perfectos en este mundo hasta que lleguéis a conocer que en él jamás llegaréis a serlo. (S. Agust., in Psalm. 38, sent. 48, Tric. T. 7, p. 458.)”

“Todo cuanto tiene fin es muy corto. (S. Agustín, in Psalm. 60, sent. 91, Tric. T. 7, p. 463.)”

“No tengamos complacencia con la memoria de las cosas pasadas, ni apego a las presentes, y apliquémonos continuamente a conseguir las de la otra vida eterna. (S. Agustín in Psalm. 66, sent. 107, Tric. T. 7, p. 464.)”

“Los que se despojaren del espíritu propio, se verán revestidos del espíritu de Dios. (S. Agust., in Psalm. 103, sent. 150, Tric. T. 7, p. 468.)”

“El que busca la gloria del que le ha enviado es verídico y no se le puede acusar de injusticia. Porque solamente aquel que busca su gloria, y no la de Dios, es falso e injusto: es falso y miente, porque con pretexto de observar la ley, no tiene otro fin sino el de hacer su voluntad: es injusto, porque desprecia la autoridad del Legislador, y tiene la de preferir sus propios preceptos a los del Señor. (S. Cirilo de Alejandría, Comment. in Joan., c. 45, sent. 3, Tric. T. 8, p. 97.)”

“Vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios; pero cuando aparezca vuestra vida, entonces apareceréis vosotros con El en su gloria. De lo que podemos asegurar con la mayor sinceridad, que todos aquellos que por Dios desprecian los placeres del mundo, están muertos al mundo. (S. Cirilo Alejandrino, ibid., lib. 5, c. 51, sent. 4, Tric. T. 8, p. 98.)”

“Dichoso aquel que se abate, se humilla y se desprecia por Dios; porque el Señor supremo le eleva, los Angeles le alaban, y en el día del juicio no se verá colocado a la izquierda. Dicho el hombre que persevera en la oración, que prolonga sus ayunos y siente alegría en las vigilias, que resiste al sueño, que dobla las rodillas para cantar las divinas alabanzas, que hiere su pecho, marchita su rostro y levanta las manos a Dios, mira muchas veces al cielo y piensa continuamente en el Señor que está sentado en el trono de su gloria; que sondea los corazones y penetra hasta lo íntimo del alma; porque éste goza de los bienes eternos, se hace hijo, hermano, amigo y heredero de Dios. (S. Cirilo Alejand., Orat. de exit. animi, sent. 17, Tric. T. 8, p. 102.)”

“El que pretende la gloria del mundo, teme sus desprecios. El que aspira con ansia a las utilidades temporales, recela sin duda perderlas; pues es preciso que nos aflija la pérdida de aquellas cosas, cuya posesión nos da alegría: de este modo, cuanto mayor es nuestra afición a las cosas terrenas y perecederas, tanto más distantes estamos de la paz celestial y de la verdadera seguridad. Por el contrario, los que

ya no desean los bienes temporales, no se engríen con las prosperidades de la tierra, ni se abaten por sus adversidades; y así como no hay en este mundo cosa alguna que puedan desear, así nada tienen que temer: por esto dice la Escritura: Descansaréis y nada os asustará: porque cuanto el hombre es superior a todos los temores que provienen del mundo, tanto más libre está de todos sus deseos. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 21, p. 356, sent. 49, Tric. T. 9, p. 249.)”

“No hay cosa más preciosa que el tiempo: mas ¡ay de mí! que en el día ninguna se estima en menos. (S. Bern., Tract. de Cont. mun., n. 53, sent. 2, Tric. T. 10, p. 322.)”

“Pasan los días de la salud, y ninguno lo considera; ninguno siente haber perdido unos momentos que ya no volverán. (S. Bernardo, ibid., sent. 3, Tric. ibid., ibid.)”

“Nacemos en la tierra y en ella tenemos el sepulcro, volviendo a la misma de donde nacimos. (S. Bernardo, Serm. S. Mat., n. 1, sent. 96, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Nada pierde el que todo lo dejó por Aquel que es superior a todas las cosas. Bien que más daño hace el amor a los bienes del mundo, que la posesión. (S. Bernardo, Tract. ad Cler., c. 1, sents. 118 y 119, Tric. T. 10, p. 329.)”

El que se prepara para dejar todas las cosas, debe tener presente que entre estas se ha de contar a sí mismo. (S. Bern., Tract. ad Cle., c. 1, n. 2, sent. 122. Tric. T. 10, p. 320.)”

“¿Quieres llegar al bien supremo? Empieza a despreciar el terreno (S. Bern., Tract. de Cont., n. id., ad Cler., n. 33, sent. 165, Tric. T. 10, p. 332.)”

“Volviendo sobre vosotros mismos, entrad en vuestro corazón, en el que sin duda está el reino de Dios, pues su reino está dentro de vosotros. ¿Qué reino es este? La sana y libre voluntad del hombre cuando de tal modo se conforma con la voluntad de Dios, que nada quiera, sabiendo que le desagrada, y nada deje de querer, conociendo que le agrada. Lo primero, pues, buscad el reino de Dios, par que se libre y sane vuestra voluntad gravemente llena o corrompida con el veneno del siglo, y se os dará de añadidura lo necesario para el cuerpo. No viváis solícitos acerca del cuerpo, que es herencia de los gusanos: vivid solícitos acerca del alma, que está hecha a imagen de Dios, para que vea al descubierto la gloria de Dios, se reforme por la misma imagen y se transforme de claridad en claridad como por el espíritu de Dios. (S. Bern., Ep. 385, ad quosdan noviter conversos, sent. 44, adic. Tric. T. 10, p. 361 y 362.)”

“Los mismos bienes temporales, si no se pone en ellos el amor, son lícitos, pero amense o no se amen, no son muy convenientes, porque muy presto pervienten con cierta dulzura que tienen, el corazón del que los posee. (S. Bern., ibid., sent. 45, adic. Tric. T. 10, p. 362.)”

**Dios.**— “Dios es inefable, más fácil es decir lo que no es El, que lo que el es. (S. Agust., salm. 78, sent. 135, Tric. T. 7, p. 467.)”

“El que desea con ansia a Dios, canta de corazón sus alabanzas, aunque su lengua calle; pero el que no le desea, por más que esté hiriendo con sus clamores los oídos de los hombres, es mudo en la presencia de Dios. (S. Agust., Salm. 86, sent. 136, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Dios ha querido hacerse nuestro deudor, no recibiendo de nosotros cosa alguna, sino prometiéndonos muy grandes bienes. (S. Agust., Salm. 109, sent. 152, Tric. T. 7, p. 468.)”

“Cuando os halláis en donde trabaja un artesano, no os atrevéis a reprenderle sobre su trabajo, porque lo entiende mejor que vosotros; y ¿sois tan insolentes que os atrevéis a replicar en este mundo contra lo que Dios hace en él? (S. Agust., Salm. 148, sent. 178, Tric. T. 7, p. 470.)”

“Decimos que Dios puede algunas cosas que nosotros no podemos investigar: en estas toda la razón de lo que ha hecho, es el poder de lo que hace. (S. Agust., Ep. ad Volus., sent. 10, adic. Tric. T. 7, p. 487.)”

¿Por qué crió Dios a los que sabía que habían de ser malos? Porque así como previó lo malo que habían de hacer, así también previó el bien que El había de sacar de sus malas acciones. (S. Agust., de 5 cuad., tit. lib. 11, c. 9, sent. 12, adic. Tric., ibid., ibid.)”

“Dios obra y nosotros cooperamos con El: porque no quita el libre albedrío de la buena voluntad, sino que le ayuda. (S. Agust., lib. 5, Deut. q. 15, sent. 13, adic. Tric. T. 7, p. 484.)”

“¿Cómo te puedo comprender, oh Dios, siendo tan grande, si no puedo comprenderme a mí, que soy tan pequeño? (S. Agust., Serm. cont. Jud., c. 6, sent. 18, adic. Tric. T. 7, p. 485.)”

“Es preciso entender un Dios que tiene misericordia sin lástima: que se enoja sin ira: que se olvida sin olvido: que no conoce sin ignorancia, y que se arrepiente sin arrepentimiento. (S. Agust., lib. 16, sent. 24, adic. Tric. T. 7, p. 486.)”

“Quiso Dios que todos los hombres viniesen de un mismo hombre para que se conservasen en sociedad, no solamente por la semejanza

en la especie, sino también con el vínculo del parentesco. (S. Agust., de De bon. conf., c. 1, sent. 25, adic. Tric. T. 7, p. 486.)”

“Cuando Jesucristo, pues, les dijo: Yo soy, cayeron todos de espaldas en el suelo. ¿Una respuesta tan benigna y tan modesta como la del Hijo de Dios, así derribó a los que la oyeron? Pues ¿cómo hubieran podido sufrir sus amenazas? Este ejemplo hace ver que todas las criaturas no podrán sufrir el peso majestuoso de sola una palabra de Dios, aun cuando la acompañe de dulzura y de bondad. (S. Cirilo Alejand., Serm. 5, in Joan, sent. 21, Tric. T. 8, p. 104.)”

“Este mandamiento: No tomarás en vano el nombre del Señor: prohíbe pronunciar el santo nombre de Dios sin razón alguna, como no sea en la oración o cuando hay necesidad de enseñar a otros, o en otra semejante ocasión, porque hay muchos que a cada instante lo pronuncian, aunque sea jugando o riendo, lo cual creo yo que está prohibido por la ley de Dios. (Teodoreto, Quaest. 41, in Exod., sent. 1, Tric. T. 8, p. 262.)”

“De Dios depende la fertilidad de la tierra, y hacer feliz la navegación: pero si este Señor dispone lo contrario, debemos sujetarnos a sus órdenes, sin inquirir con excesiva curiosidad la razón de su conducta para con nosotros, porque esta es incomprendible. (Teodoreto, lib. 5 de Haeres, sent. 4, Tric. T. 8, p. 262.)”

“¿Quién puede conocer la grande de vuestra ira? El entendimiento humano es incapaz de comprender el poder de la ira Divina, porque obrando su providencia sobre nosotros del modo más oculto, nos recibe algunas veces favorablemente cuando nos parece que nos desampara, y tal nos desampara cuando creemos que nos recibe. Muchas veces es un efecto de su gracia, lo que llamamos efecto de su indignación, y lo que pensamos que es efecto de su gracia, lo es de su ira. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 10, p. 145, sent. 9, Tric. T. 9, p. 232 y 233.)”

“En todas nuestras acciones no tenemos que hacer otra cosa sino investigar con cuidado cuál es la voluntad de Dios, para que, conocida esta, sujetemos a ella todas nuestras obras y la sigamos ciegamente como a guía de nuestro camino en esta vida, y confesar que no dejariámos de seguirle, aun sin querer, cuando nos extraviara la soberbia: porque es imposible evitar el poder de las tentaciones de Dios, pero el que las suaviza mucho es el que se conforme con sus disposiciones, y cuando el corazón se sujeta y sufre voluntariamente, hace el peso mucho más ligero y más fácil de llevar. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 18, p. 196, sent. 21, Tric. T. 9, p. 236.)”

“Jamás expresamos mejor la grandeza de las obras de la omnipotencia de Dios, que cuando nos reconocemos incapaces de expresarle: y nunca hablamos de esta con mayor elocuencia, que cuando nos contentamos con admirarla con un profundo silencio, porque en esta ocasión la misma falta de poder tiene una voz poderosa para publicar estas inefables obras y solamente una lengua muda puede explicar lo que somos incapaces de comprender. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 12, p. 297, sent. 41, Tric. T. 9, p. 246.)”

“Si halláis lugar en donde os parezca que no está Dios, allí podéis pecar con toda libertad. El que profundizó los abismos ve todo lo que pasa en los rincones más ocultos; en las cuevas más profundas y en la más negra oscuridad. Si os parece que la pública fama os absuelve, no dejéis de condenaros en el tribunal de vuestra propia conciencia. (S. Anselmo, Exhort., ad contemptum temporalium, sent. 24, Tric. T. 9, p. 345.)”

“Siempre está Dios presente a si mismo: sin poderse olvidar se está contemplando y amándose. Si estáis, pues, según vuestra capacidad, infatigablemente ocupados en la memoria de Dios: si le estáis mirando sin cesar con los ojos del espíritu, y vuestro corazón se abrasa en su amor, seréis una perfecta imagen suya, porque procurareis hacer lo que Dios hace siempre. El hombre debe referir toda su vida a la memoria, al conocimiento, y al amor del Supremo Bien: debéis, pues, aplicar todos los pensamientos, y excitar y conformar de tal suerte los movimientos de vuestro corazón, que jamás se canse el alma de suspirar por Dios, y de respetar la memoria de Dios, y adelantarse en el conocimiento de Dios: de hacer nuevos progresos en el amor de Dios, y de remontarse a la nobleza de su origen, y en fin, acordándonos de que fuimos criados a la semejanza de Dios: porque como dijo el Apóstol: “No debe el hombre cubrir su cabeza cuando ora, por ser la imagen de Dios, y la expresión de su gloria.” (S. Anselmo, 1.<sup>a</sup> Meditat., sent. 37, Tric. T. 9, p. 348.)”

“Según la doctrina del Apóstol San Pablo, vivimos en Dios y en El tenemos el movimiento y el ser. ¡Oh dulce vida, amable movimiento y deseable ser! Pues ¿qué puede haber que sea más dulce, que tener la vida bienaventurada? ¿Qué puede haber más amable que referir a Dios todos los movimientos de nuestras voluntades y nuestras acciones, arreglándolas según Aquel que es el único que nos puede dar el descanso eterno y una firmeza inexplicable? ¿Qué puede haber que merezca nuestros deseos, como estar con la unión de nuestros afectos

y acciones en Aquel que sólo posee verdaderamente el ser, y sin el cual ninguno puede tener el bienestar? (S. Anselmo, 1.<sup>a</sup> Medit., sent. 39, Tric. T. 9, p. 349.)”

“Así como el cuerpo no se satisface con el aire, así tampoco el corazón se sacia con el oro. (s. Bern., de convers. ad Cler., sent. 65, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Aquellos ojos que todo lo ven sin que nadie pueda verlos están siempre sobre nosotros. (S. Bern., Serm. 55, in Cant., sent. 67, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Cuando Dios nos descarga, también nos carga; porque nos carga con su beneficio, cuando nos descarga de nuestro pecado. (S. Bern., Serm. 15, in Psalm. qui habit., sent. 80, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Procuremos agradar a todo a todos, y principalmente al que es mayor que todos. (S. Bern., ibid., sent. 91, Tric. ibid., ibid.)”

**Dignidades.**— “Estad persuadido, hermanos, a que cuanto mayores bienes hemos recibido, en tanto mayor peligro estamos. (S. Clemente, lib. 4, sent. 12, Tric. T. 1, p. 125.)”

“Los poderosos padecerán poderosos tormentos. A mí se me residienciará con mayor rigor que a los Diáconos, y a éstos más estrechamente que a los legos. Aquel que tiene el eminentí cargo del gobierno de una iglesia, responderá a Dios por toda ella. (Orígenes, Homil. 11 in Jerem., sent. 7, Tric. T. 1, p. 248.)”

“No deseéis el cargo de las almas, porque hasta tanto que seáis dueños de las pasiones de vuestra alma, la prelacia sólo servirá para perderos a vosotros y a los que os sigan. (S. Efrén, de Vita Spir., sent. 8, Tric. T. 3, p. 78.)”

“Cuando un hombre no solamente estuviese exento de vicios, sino elevado hasta la más alta cumbre de la virtud, no comprendo, sean sus luces las que fueren, cómo se puede encargar, sin temor, del cuidado y gobierno de las almas. (S. Greg. Nacian., Orat. 1.<sup>a</sup>, sent. 3, Tric. t. p. 351.)”

“Emprender la enseñanza de los otros antes de haber aprendido nosotros mismos, es una acción loca y temeraria; loca si se ignora la propia capacidad: temeraria, si habiéndola conocido, hubiere suficiente desvergüenza para emprender el ministerio. (S. Greg. Nacianeno, Orat. 1.<sup>a</sup>, sent. 4, Tric. T. 3, p. 351.)”

“Los que presiden, deben tener presente el cuidado correspondiente a su dignidad, mas no deben ensobercerse por razón de su poder. Conviene, pues, que trabajen más que los otros, y que sean

más humildes que los súbditos, manifestando en su vida que son siervos de los fieles, y considerando que los que Dios ha confiado a su cuidado, son un depósito del Señor. (S. Gregorio de Nisa, de perfect. Cler., sent. 14, adic. Tric. T. 4, p. 362.)”

“El que tiene obligación de juzgar a otros, debe primero juzgarse a sí mismo, no sea que condena en los otros las menores faltas, al mismo tiempo que no considera los delitos que él ha cometido. (S. Ambrosio, Apolog. part., c. 2, sent. 32, Tric. T. 4, p. 320.)”

“No entremos temerariamente en los empleos; porque será arrogancia y atrevimiento; si por algunas circunstancias somos llamados a su desempleo, no huyamos, porque sería temeridad, y no debemos resistir a nuestra vocación; pero si no hallamos la razón de piedad y si no nos obligan las necesidades del prójimo y las disposiciones de las cosas, guardémonos de abrazar inconsiderablemente los cargos, pues sería proceder con vana ostentación, y por un deseo desordenado de las honras. (S. Juan Crisóst., Homil. 5, c. 3, Ep. ad Hebr., sent. 378, Tric. T. 6, p. 382.)”

“Las cargas del mundo oprimen; pero las de Jesucristo alivian; otras cargas sólo tienen peso; pero la de Jesucristo es ligera y tiene alas. (S. Agustín, Psalm. 58, sent. 89, Tric. T. 7, p. 462.)”

“No correrían muchos con tanto gusto a los cargos, si conocieran que son cargas. (S. Bernardo, Tract. de Offic., Ep. cap. 17, sent. 39, Tric. T. 19, p. 324.)”

“El lugar en donde te ves colocado, es el más alto, pero no es el más seguro. (S. Bernardo, Ep. 237, sent. 98, Tric. T. 10, p. 328.)”

“Si vos queréis argüir la falsedad al sumo y santo pontífice, perdonadnos: porque a nosotros nos parece una maldad, así el no creer a tan grande Santidad, como el no obedecer a tanta Majestad. (S. Bernardo, Ep. 252, ad Abb. de Prae, sent. 32, adic. Tric. T. 10, p. 357.)”

“¡Cuándo se ha verificado que los mortales hayan logrado grandes bienes, sin que antes hayan precedido grandes males! Aun cuando pasemos en silencio todas las demás cosas, ¿no es cierto, que aquel único y singular beneficio de nuestra salud precedió la muerte del Salvador? (S. Bernardo, Ep. 256, ad Eug. Pap., sent. 35, adic. Tric. T. 10, p. 358.)”

“Es de corazones píos ceder a la resistencia que no permite que nos lleven a donde no conviene, de lo contrario, tener contra su voluntad a alguno en lo que se ha traído por fuerza, es duro para él, y para ninguno útil. Además de esto, ocupar el lugar y no hacer fruto,

no conviene al lugar: ni en vosotros, ni en nosotros es decente. Ninguno, como dice S. Ambrosio, hace lo bueno contra su voluntad, aun cuando sea bueno lo que hace, porque, ¿qué aprovecha el espíritu de temor en donde falta el espíritu de caridad? (S. Bernardo, Ep. 258, ad eumd., sent. 36, Tric. T. 10, p. 358 y 359.)”

“Está en el mejor orden tal vez lo que se hace con todo el rigor del orden. (S. Bernardo, Ep. 276, ad eumd., sent. 37, adic. Tric. T. 10, p. 359.)”

“No es cosa nueva ni admirable que el corazón humano pueda engañarse o engañar. De uno y de otro nos debemos guardar, porque en uno y otro hay peligro, y para los dos extremos os propuso la cautela el Angel del gran consejo, cuando dijo: Sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma, para que de este modo la prudencia no sea engañada, y la sencillez no pueda engañar. (S. Bernardo, Ep. 377, ad Innoc. Pap., sent. 38, adic. Tric. T. 10, p. 359.)”

“El que ya está en el solio no necesita de la escala. (S. Bern., de consid. 5, n. 11, sent. 151, Tric. T. 10, p. 331.)”

“Restitúyase el César a sí mismo lo que es del César. Sépase que lo uno y lo otro es interés del César: el defender su propia corona, y el proteger la Iglesia: lo primero le toca como a rey; lo segundo como abogado de la iglesia. (S. Bern., Ep. 247, ad Conrad. Reg. Roman., sent. 32, adic. Tric. T. 10, p. 337.)”

“Los reinos y derechos de los reinos se conservan íntegros para sus dueños, si estos no resisten a lo que Dios ordena y dispone. (S. Bern., Ep. 255, ad Ludovic. Reg. Franc., sent. 34, adic. Tric. T. 10, p. 358.)”

“Si alguna persona del pueblo se extravía, perece sola; pero el yerro del príncipe arrastra a muchos. (S. Bern., Ep. 117, sent. 124, Tric. T. 10, p. 329.)”

“Los señores, reconociendo que ellos mismos están sujetos al verdadero Dueño y Señor de todos, deben tratar a sus criados con benignidad y temor de Dios imitando en esto el ejemplo de Jesucristo. (S. Basilio, Ep. 2, sent. 52, Tric. T. 3, p. 198.)”

“Cual es la vida del Señor, tal es la de toda su casa. (S. Ambrosio, Ep. 82, sent. 166, Tric. T. 4, p. 348.)”

“No despreciéis el cuidado de los que viven con vosotros; porque los que no procuran la salvación de sus domésticos, serán severamente castigados, según aquellas palabras del Apóstol: Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y especialmente, de los que están en su casa,

éste renuncia a la fe y es peor que un infiel. (S. Juan Crisóstomo, *Serm. cur. in Pentec.*, sent. 239, Tric. T. 6, p. 349.)”

“No nos contentemos con procurar nuestra salud; empleemos también nuestro cuidado en la de nuestros domésticos, para que sean buenos cristianos, y estén bien instruídos en sus obligaciones para con Dios. (S. Juan Crisóst., *Homil.*, 45, c. 21, sent. 279, Tric. T. 6, p. 358.)”

“La demasiada familiaridad del Señor cría mal al siervo. (S. Bern., *Serm. cont. vit. ingrat.*, sent. 87, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Los padres deben criar a sus hijos instruyéndoles y corrigiéndoles con suavidad, según la ley del Señor, y procurando no darles justo motivo de indignación o tristeza. (S. Basilio, *Reg.* 76, c. 2, sent. 54, Tric. t. 3, p. 192.)”

“Frecuentemente sucede que el mismo amor de los padres, por no moderarles, perjudica a los hijos: pues, o con su condescendencia crían libre al más querido, o la preferencia que le muestran, apaga en los otros el afecto fraternal. Más ganarán para el hijo, si le ganan la gracia de los demás hermanos. Este es el mejor presente de la liberalidad de los padres, y la más rica herencia de los hijos. Junta a los hijos entre sí la más igual beneficencia, así como los juntó la igualdad de la naturaleza. No conoce la piedad ganancia de dinero en donde hay perjuicio de esta virtud. (S. Ambrosio, *de Jos. Patri*, lib. 1, c. 2, sent. 18, adic. Tric. T. 4, p. 398.)”

“Haced que vuestra hija se críe en un monasterio; ponedla en medio de un coro de vírgenes, y prescindiendo de otros bienes que sacará, a lo menos os librareis del peligro de guardarla. (S. Jerónimo, *ad Letan.*, Ep. 107, sent. 14, Tric. T. 5, p. 210.)”

“No aprenda tu hija a oír ni hablar otra cosa sino lo perteneciente al temor de Dios. No entienda lo que significan las palabras torpes: ignore los cantares mundanos: guste ya su tierna lengua la dulzura de los Salmos: retírala de los jóvenes lascivos: no permitas que sus criadas vayan a las concurrencias del siglo, para que no le enseñen peor lo que ellas aprendieron mal: no sepa cuando niña lo que después debe olvidar. (S. Jerónimo, *ad Letan.*, Ep. 107, sent. 2, adic. Tric. T. 5, p. 352.)”

“Las mujeres que tienen particular obligación a cuidar de los negocios domésticos, y del gobierno de la familia, debieran ser más prudentes que los mismos hombres. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 60, *Joann.*, sent. 85, Tric. T. 6, p., 315.)”

“Debe el marido repetir en su casa lo que ha oído en el sermón; la mujer debe aprender de su esposo, los hijos le han de escuchar, y los criados no deben carecer de esta doctrina. Haced, pues, de vuestra casa una iglesia, porque algún día habéis de dar cuenta de la salvación de vuestros hijos y criados. (S. Juan Crisóst., Serm. 7, Génesis, sent. 110, Tric. T. 6, p. 320.)”

“Las mujeres deben tener más particular cuidado de la educación de sus hijos, porque están más comúnmente en la casa. (S. Juan Crisóst., Serm. 1, de etern., sent. 111, Tric. T. 6, p. 320.)”

“Hay algunos padres que hacen todo lo posible por procurar a sus hijos grandes tierras y casas magníficas, pero nada hacen para mejorar sus almas. Y esto es lo que pierde y confunde en el mundo todas las cosas. (S. Juan Crisóst., Serm. in illud., vidua eligatur, sent. 214, Tric. T. 6, p. 343.)”

“Cuando vuestros hijos salen de casa, debéis observar con cuidado a donde van, de dónde vienen, cuáles con sus conversaciones y con quiénes contraen amistades, porque debemos estar persuadidos, que si despreciamos este cuidado, no tenemos que esperar perdón alguno de la misericordia de Dios. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 215, Tric. ibid., ibid.).”

“Dice un Apóstol: cuidad de criar bien vuestros hijos, corrigiéndoles e instruyéndolos en la doctrina del Señor. Esta es la principal obligación de los padres: aquí ven la mayor solicitud que deben tener. En esto conozco el enlace y la naturaleza de la sangre, cuando veo que un padre se toma mayor cuidado de las necesidades espirituales de sus hijos. (San Juan Crisóstomo, ibid., sent. 240, Tric. ibid., ibid.).”

“Si tú educaras santamente a tu hijo, y aquel y el otro al suyo, y llegase a todos esta serie de la mejor conversación, como si fuera una cadena que empezase desde ti, por lo cual hicieses tuyo el fruto que proviene del cuidado de los hijos, y los padres los enseñasen con cuidado, no se necesitarían leyes, juicios, penas ni castigos, más por no cuidar de ellos los enredamos en mayores males, los hemos entregado a las manos de los verdugos, y frecuentemente los arrojamos al infierno. (S. Juan Crisóst., Serm. 29, sent. 17, adic., Tric. T. 6, p. 457.)”

“Tenemos los hijos como un grande y precioso depósito; guardémoslos con cuidado, y hagamos todo lo posible para que el astuto ladrón no nos los robe. (San Juan Crisóst., Homil. 9, sent. 20, adic., Tric. T. 6, p. 459.)”

“Cuando un padre manda a su hijo alguna cosa que no es contraria a la ley de Dios, debe el hijo obedecer, como si Dios se lo mandara, pues Dios ordena que el hijo obedezca al padre. (S. Agust., Salm. 79, sent. 113, Tric. T. 7, p. 465.)”

“Aprended de memoria el símbolo y la oración del Padre nuestro. Enseñad a vuestro hijos, sabed que habéis de responder a Dios de los que habéis tenido en las sagradas aguas del bautismo. Por lo cual tendréis de estos el mismo cuidado que de vuestros hijos, reprenderles y corregirles para que vivan sobria, casta y devotamente. Vivid de tal modo que imitándoos vuestros hijos, vayan al cielo y no al infierno. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 66, sent. 13, Tric. T. 9, p. 46.)”

“Si Dios hace suyo a vuestro hijo, ¿qué perdéis en esto, ni qué pierde el hijo? De rico se hace más rico: de noble más generoso; de ilustre más esclarecido, y lo que es más que todo esto: de pecador se hace santo. (S. Bern., Ep. 119, ad parent. Ganfridi de Peron., sent. 22, adic., Tric. T. 10, p. 353.)”

¡Oh padre duro y madre cruel! ¡Oh padres impíos y severos! No diré padres, sino homicidas, a quienes sirve de dolor la salud de su hijo, y de consuelo su muerte: los que más quieren que perezca con ellos, que el que reine sin ellos: los que pretenden que vuelva al naufragio; de que escape desnudo al fuego de donde salí medio abrazado; a los ladrones que me dejaron medio muerto, aunque por aquel misericordioso samaritano ya me he restablecido algún tanto. Los que procuran que vuelva al siglo el soldado de Jesucristo, que triunfa por tener casi arrebatado el cielo, de lo que no me glorio en mí, sino en Aquel que venció al mundo. ¡Qué vuelva desde la misma puerta de la gloria, como el perro al vómito y como el cerdo al cieno! ¡Oh monstruoso engaño! Arde la casa y ya se apresura el fuego por la espalda y prohíbe la salida al que huye, y persuaden que vuelva atrás el que escapa. Y esto por los mismos que están en medio del incendio y con obstinada locura o con muy loca obstinación, no quieren evitar el peligro. (S. Bern., Ep. 111, ex personn. Eliae Mon., ad parent., sent. 23, adic., Tric. T. 10, p. 353 y 354.)”

“Dios es la única causa para dejar de obedecer a los padres. (S. Bernardo, Ep. 111, sent. 63, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Dice San Jerónimo: Si tu padre se postra en el umbral de tu puerta, si tu madre, abriendo su seno, te manifiesta los pechos con que te alimentó; si el pequeño sobrino se cuelga de tu cuello, prosigue, aunque sea preciso pisar a tu padre, y ve volando con los ojos enjutos

al estandarte de la cruz. Ser cruel en esta parte por Jesucristo, es el género más sublime de piedad: no te muevan las lágrimas de unos frenéticos que lloran el verte hecho hijo de Dios, de hijo del infierno. (S. Bern., Ep. 351, ad Hugon. Novion., sent. 40, adic. Tric. T. 10, p. 360 y 361.)”

**Director.**— “Debéis trabajar con cuidado por hallar un maestro, cuyos avisos podáis seguir en la conducta de la vida que habéis abrazado, que sea capaz de enseñaros el camino recto para ir a Dios, que esté adornado de toda suerte de virtudes, y que pueda dar en todas sus acciones buen testimonio de la caridad que le anima. (S. Basilio, de abdic. rer., sent. 33, Tric. T. 3, p. 196.)”

“Si Dios nos hace la gracia de hallar un hombre que tenga todas las cualidades de un buen director,— y no dudéis que si le buscáis con cuidado le habéis de hallar,— sed constantes en seguir siempre este maestro y guía de las buenas obras, de suerte que nada hagáis contra su parecer. (S. Basilio, ibid., sent. 34, Tric. T. 3, p. 196 y 197.)”

“Con los débiles es necesario proceder con un prudente temperamento, procurando llevarlos poco a poco a la perfección, con tal que al mismo tiempo se procure no despreciar ni debilitar en cosa alguna los Mandamientos de Dios. (S. Basilio, Reg. 41, c. 2, sent. 41, Tric. T. 3, p. 197.)”

“Mejor es que la condenación de una o dos personas sirva para que se libren muchos, que el que muchos se expongan al riesgo de perderse por la indulgencia que se ha usado con una o dos personas. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 67, Tric. T. 4, p. 326.)”

“Descubrid al padre espiritual los vicios que ocultáis en vuestras almas. Manifestadle los malos pensamientos que el enemigo os sugiere. El mayor vicio, si le confesamos, no tiene grandes consecuencias. El defecto más ligero que viene a ser grande si le callamos. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 26, Tric. T. 9, p. 345.)”

“Quien por sí mismo se rige, obedece a un necio. (S. Bern., Ep. 87, sent. 74, Tric. T. 10, p. 326.)”

“No tener guía, cabeza ni capitán, es grande mal; es la causa de todas las desgracias y el origen de todos los desórdenes, de las tribulaciones y de la confusión. (S. Juan Crisóst., Homl. 34, ad Hebr., sent. 391, Tric. T. 6, p. 391.)”

**Disciplina eclesiástica.**— “No se ha de desamparar la disciplina eclesiástica, ni se ha de debilitar la severidad sacerdotal, porque nos

dicen afrontas, y nos aterra con amenazas, pues nos avisa la Sagrada Escritura: No temáis las palabras del hombre pecador, porque su gloria se convertirá en basura y gusano. (S. Cipriano, Epist. 55, ad Cornel., sent. 3, adic., Tric. T. 1, p. 379.)"

"Algunos escritores protestantes quieren apoyarse en Tertuliano, en el lib. de oratione, cap. 12, diciendo que este padre, hablando de las observancias, escribe: que es preciso refutar las que son vanas en sí mismas, las que no están apoyadas en ningún precepto del Señor o de sus Apóstoles, las que no son obras de religión, sino de la superstición, las que no se fundan en ninguna razón sólida, y últimamente, las que tienen alguna conformidad con las ceremonias paganas. Pero este pasaje está mal traducido. Repitiendo el artículo las, hacen decir a Tertuliano, lo contrario que enseña en sus obras. Parece que, según él, para refutar una práctica, basta que no esté mandada por Jesucristo o por los Apóstoles, o que tenga alguna semejanza con las costumbres de los paganos; y no es esto lo que quiere Tertuliano. Dice que se deben refutar las observancias que son vanas en sí mismas, es decir, que no pueden producir ningún buen efecto, que no están apoyadas en algún precepto del Señor o de los Apóstoles, y que no son obra de la razón, sino de la superstición, y que no tienen ningún sólido fundamento. Pone por ejemplo el empeño de los que escrupulizaban orar con capa. Convenimos en que esta vana superstición reunía todos los caracteres de reprobación que alega Tertuliano, y por consiguiente, merecía ser condenada."

"¿Se infiere de aquí que debemos abstenernos de hacer la señal de la cruz, o de ayunar en la Cuaresma, porque Jesucristo y los Apóstoles no dieron sobre esta materia un precepto formal y expreso, que es un crimen ponernos de rodillas para orar o hacer ofrendas a Dios, porque hacían lo mismo los paganos?"

"Tertuliano se explica con más claridad en su tratado de Corona, cap. 3. "Hay observancias, dice, que nosotros guardamos, aunque no están autorizadas por la Escritura, sino fundadas en la tradición y en la costumbre. Antes de entrar en las fuentes del bautismo, protestamos al Obispo que renunciamos al demonio, a sus pompas y a sus ángeles. Nos sumergimos tres veces y decimos alguna cosa más que lo que el Señor nos manda en el Evangelio. Después probamos una mezcla de leche y miel, y desde este día nos abstendremos del baño toda la semana. Recibimos el sacramento de la Eucaristía que el Señor mandó a todos, bien sea a la hora de nuestras comidas, o bien en

nuestras reuniones a la aurora, aunque siempre de mano de nuestros Prelados, y no de ningún otro. Todos los años hacemos oblaciones por los difuntos el día de su muerte. No ayunamos, no oramos de rodillas en los domingos, y lo mismo hacemos desde Pascua hasta Pentecostés. Evitamos que caiga en el suelo parte alguna de nuestro pan o de nuestra bebida. Antes de salir y al volver, al entrar, al vestirnos, al bañarnos, al ponernos a la mesa, al acostarnos, al sentarnos y al encender la luz; en una palabra, en todas nuestras acciones hacemos en nuestra frente la señal de la cruz. Si para todas estas observancias y otras semejantes exigís un precepto de la Escritura, no le hallaréis; la tradición es quien los ha establecido, la costumbre los confirmó y la fe los conserva. (Bergier, Tom. 7, p. 177, 178 y 179.)”

“A este pasaje de Tertuliano responden los protestantes que este padre era montanista: tanto lo era cuando escribió su libro de Corona, como cuando compuso su tratado de *Oratione*. Y aunque lo hubiera sido cien veces más, ¿acaso merece menos crédito, cuando refiere lo que se hace en su tiempo y da la razón, porque se hacía? Esto no tiene ninguna relación con los errores de Montano. Si nosotros recusáremos el testimonio de un autor porque era hereje, los protestantes nos lo atribuirían a prevención, a terquedad y a fanatismo. (Bergier, *ibid.*, p. 179.)”

# E

**Envidia.**— “Así como el orín consume al hierro, así destruye la envidia a los que llega a poseer. (S. Basilio, de invidia, sent. 7, adic., Tric. T. 3, p. 381.)”

“El envidioso no es infeliz por sus propios males, sino por los bienes ajenos: por el contrario, no cuenta por felicidad su propio bien, sino el ajeno mal. (S. Greg. de Nisa, de cita moris, sent. 4, adic., Tric. 4, 4, p. 357.)”

“El envidioso no puede tener entrada en el reino de los cielos: y aún en este mundo se puede decir que su vida no es verdadera vida, porque no roen tanto los gusanos, ni comen tanto un madero como la calentura de la envidia penetra, consume hasta la médula de los huesos. (S. Juan Crisóst., Homl. 31, c. 12, sent. 316, Tric. T. 6, p. 368.)”

“No es tan molesta la picazón en el ojo como la envidia en el corazón. (s. Bern., Serm. 5, de verb. Isai., n. 10, sent. 95, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Sola la infelicidad no tiene envidiosos. (S. Bern., Serm. 5, de verb. Isai., sent. 131, Tric. T. 10, p. 330.)”

“El mismo Santo Doctor, dice, que la envidia es la lepra del alma: destruye el buen sentido, quema las entrañas, agobia el espíritu de pesar, roe el corazón como un cáncer, aniquila todos los bienes con sus emponzoñados ardores. El envidioso comete un pecado envidiando a los demás. ¡Oh envidiosos que codicíais la felicidad ajena, no destruyáis la vuestra!: porque si la muerte espiritual acompaña siempre a la envidia, no podéis a un mismo tiempo envidiar y vivir. (Cant. VIII, 6, Barbier, T. 2, p. 125.)”

“La envidia, dice San Gregorio de Nisa, es el mayor de los males, madre de la muerte, primera puerta del pecado, y raíz de los vicios. (Homil. in Gen.) La envidia, dice el mismo santo doctor, es el principio de los dolores, la madre de la misería, la causa de la desobedien-

cia, el manantial de la ignominia, un agujón emponzoñado, un puñal oculto, la enfermedad de la naturaleza, una bilis venenosa, una llaga funesta, un dardo de hiel, un potro que sujet a al hombre, una llama que devora el corazn, y un fuego interior. Los envidiosos son aves de rapiña. (Homil., in Gen., Barbier., T. 2, p. 126.)”

“Los envidiosos, dice San Juan Crisóstomo, son peores que leones, semejantes a los demonios, y a n casi m s malos; porque los leones nos atacan movidos por el hambre, o porque se les provoca y se le irrita. Pero haciendo beneficios a los envidiosos, corresponden haciendo daños; atrayéndoles con favores, atacan y persiguen. Y hasta los mismos demonios, aunque es verdad que nos hacen una guerra encarnizada, no se persiguen unos a otros: por esto cerró Jesucristo la boca a los judíos envidiosos, cuando movidos de rencor, decían que Jesucristo arrojaba los demonios en nombre de Belcebú, príncipe de los ángeles malos. Si Satanás, contestaba El, echa fuera a Satanás, es contrario a s mismo: ¿cómo pues, ha de subsistir su reino? Por esta razón, añadió El, los mismos demonios serán vuestros jueces: “Si Satanás Satanam, ejicit.” Pero los envidiosos no respetan a sus semejantes, ni tampoco a sus parientes: se hacen una guerra cruel; porque el envidioso detesta al envidioso, el celoso maldice al celoso. Este crimen, a nade el mismo santo, no es perdonable: “Onni venia ceret hoc peccatum”. El lascivo, en efecto, puede dar por excusa la fuerza de la concupiscencia; el ladrón puede alegar la necesidad, la pobreza; y el asesino puede excusarse con la ira. Pero vosotros, envidiosos, decidme, ¿qué excusa podréis dar? “Tu vero, quam dices causam, rogo? Ninguna, sino vuestra perversidad sin límites. Ese vicio es peor que la fornicación y el adulterio. Porque el furor del vicio impuro halla límites en la misma acción; pero el furor y los estragos de la envidia, destruyen la Iglesia y el mundo entero. Por la envidia mató el demonio al género humano en la persona de Adán. (Homil. in Gen., Barbier, p. 126 y 127.)”

“Los envidiosos, dice San Próspero, aman el mal, y sienten y lloran el bien; arden en enemistad gratuita, y están llenos de hipocresía, siempre llenos de amargura, siempre vacilantes, son los amigos del demonio, y los enemigos de Dios, de la sociedad y de s mismos: son odiosos a todos los hombres; se atormentan por lo que debiera ser su consuelo, y rebosan de alegría cuando habían de llorar amargamente. Perversos y crueles para s mismos, lo son tambi n para los demás. (De vita contemplat., lib. 3, c. 9, Barbier, T. 2, p. 127 y 128.)”

“La envidia, dice S. Cipriano, excita la ambición, el desprecio de Dios y de su servicios; excita el orgullo, la perfidia, la prevaricación, los arrebatos, las discordias y crueldad: la envidia no puede sufrirse ni contenerse cuando encuentra la autoridad en su camino. Ella rompe los lazos de la paz y de la caridad; ella rompe la verdad, destruye la unidad, y se encamina directamente al cisma y a la herejía. ¡Qué crimen más horrible que tener envidia de la virtud y de la felicidad de los demás y aborrecer en ellos sus méritos naturales o sobrenaturales! ¡Qué crimen convertir en mal el bien de los demás, no por sufrir los progresos de otros y experimentan atroz tormento por la felicidad ajena! ¡Qué locura y qué furor dar entrada en nuestro pecho a un verdugo, a un tirano que desgarra las entrañas! (Serm. de Zelo et livore, Barbier, T. 2. p. 128.)”

“Mucho más pudiera decir de lo que es la palabra envidia, pone Barbier, pero sólo concluiré con el mismo poniendo los remedios para desarraigarse del corazón que esté dominado de ella, y no dar entrada, en el que se vea libre, estos son: la humildad, la modestia, el desprecio de la gloria y de los bienes temporales y el deseo de los eternos. La templanza en el seno de las riquezas excluye también la envidia. La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen la envidia... Huyamos de la envidia. No seamos ambiciosos de vanagloria, dice S. Pablo a los Gálatas, provocándonos los unos a los otros, y recíprocamente envidiándonos. Hemos de alegrarnos del bien de los demás. ¡Qué importa! dice S. Pablo a los Filipenses, con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado en esto, me gozo y me gozaré siempre. Hemos de alegrarnos con los que se alegran, y participar de las aflicciones de los tristes, sufriendo con ellos... (Barbier, *ibid.*, p. 128.)”

**Escándalo.**— “Si aun cuando en las cosas permitidas, y en las que nos es libre hacer o no hacer, causamos escándalo a los débiles o ignorantes, incurrimos en una vigorosa condenación, según dijo el Salvador con estas palabras: Mejor le sería que se arrojase en el mar con una piedra de molino al cuello, que escandalizar a uno de estos pequeñuelos: si Dios, vuelvo a decir, nos ha de juzgar con tan terrible rigor sobre las cosas permitidas, ¿qué sucederá en las cosas que son prohibidas? (S. Basilio, *Quaest. 10, sent. 25, Tric. T. 3*, p. 195.)”

“La aprensión de escandalizar a nuestro prójimo debe algunas veces obligarnos a ejecutar cosas que, a no ser esto, no serían necesarias. (S. Basilio, *Reg. 33, c. 4, sent. 39, Tric. T. 3*, p. 197.)”

“He conservado en el secreto de mi corazón vuestras palabras, temiendo pecar contra Vos: porque no solamente hay peligro en decir lo que es falso, sino también en decir la verdad, cuando se dice a los que no se debe. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 55, Tric. T. 4. p. 323.)”

“Sólo hemos de ejecutar lo que no desagrada a Dios ni escandaliza a nuestro hermano: porque, aunque una cosa sea permitida, si esta escandaliza al prójimo, es desagradable a Dios, porque quiere el Señor que atendamos a la salud de los otros. Procuraremos, pues, no hacer cosa alguna que no sea buena, así delante de Dios, como delante de los hombres, si solamente hacemos las cosas permitidas cuando a ninguno escandalizan. (S. Ambrosio, in c. 12, sent. 96, Tric. T. 4, p. 332.)”

“Si vuestro ojo, vuestro pie o vuestra mano es motivo de escándalo, y de caída, separadlos de vosotros. A nada perdonéis por perdonar a vuestra alma: esta que parece crueldad es una acción piadosa. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 10, Tric. T. 5, p. 240.)”

“Si el ojo derecho te sirve de escándalo, arráncale, y arrójale de ti. No entendió Dios esto de los ojos del cuerpo, porque es el Señor incapaz de hacernos mal, cuando nuestro espíritu se conserva sano y vigoroso: quiso hablar de nuestros mayores amigos, que nos parecen tan preciosos como nuestros miembros; y nos encomienda que si nos sirven de escándalo, dejemos su amistad para asegurar nuestra salvación. (S. Juan Crisóst., Homl. in Psalm. 4, sent. 120, Tric. T. 6, p. 322.)”

“No me digáis, esto o aquello está prohibido, ni que está permitido, siempre que habléis de alguna cosa que escandaliza a los demás; porque, aunque la permitiera el mismo Jesucristo, si advertís que alguno se escandaliza, absteneos, no uséis del premio que os ha dado. De este modo procedió el grande Apóstol, no queriendo tomar cosa alguna de los fieles, no obstante que el Señor lo había permitido a los Apóstoles. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 21, c. 9, sent. 305, Tric. T. 6, p. 364.)”

“Muchas veces nace en el corazón de un siervo de Dios el deseo de la soledad, por causa de las muchas tribulaciones y escándalos de este mundo. (S. Agustín, Salm. 54, sent. 74, Tric. T. 7, p. 461.)”

“Debe notarse que tenemos obligación de evitar en cuanto nos sea posible el escándalo de los prójimos; pero si de la verdad reciben escándalo, mejor es permitir que este nazca, que desamparar la verdad. (S. Greg. el Grande. Homl. 7, sent. 22, adic., Tric. T. 9, p. 386.)”

“De buena gana me privaré de cualquier ganancia espiritual, si esta no puede adquirirse sino con el escándalo. (S. Bern., Ep. 62, sent. 114, Tric. T. 10, p. 329.)”

“Ten presente que no debemos atender a toda especie de escándalo, según aquella respuesta del Señor, que dijo: Dejadlos, que son ciegos, y gobiernan a otros ciegos. Más vale que nazca el escándalo, que el que quede desamparada la verdad. (S. Bern., Ep. 34, ad Dragon. Mon., sent. 12, adic., Tric. T. 10, p. 349.)”

“Dice este mismo Santo Padre: Habiendo dado Jesucristo su propia sangre como precio de la redención de las almas, ¿no os parece evidente que sufre mucho más que de los judíos, que derramaron su sangre, de aquel que por una sugerión maligna, por un ejemplo dañoso, por el escándalo que da extravía las almas redimidas? Es un sacrilegio horrible que parece mucho más inícuo que el crimen de los que pusieron sus sacrílegas manos sobre el Señor de majestad. (S. Bern. Serm de coners. S. Pauli, Barbier, T. 2, p. 135 y 136.)”

“Se dice que el célebre Judas Macabeo se levantó, auxiliado de su hermanos, y combatió con alegría por la defensa de Israel. Judas dio nuevo lustre a la gloria de su pueblo, y revistióse la coraza cual gigante: ciñóse sus armas para combatir, y protegía con su espada todo su campamento. Parecía un león en sus acciones, y se semejaba a un cachorro cuando ruge sobre la presa. Y persiguió a los impíos buscándoles pro todas partes, y abrasó en las llamas a los que turbaban el reposo de su pueblo. Y el temor que infundía su nombre, ahuyentó a sus enemigos, y todos los malvados se llenaron de turbación, y la salud del pueblo fue obra de su brazo. Sus acciones eran la alegría de Jacob, y su memoria, será para siempre bendita. Recorrió las ciudades de Judá, exterminando de ellas a los impíos, y apartó la cólera celestial lejos de Israel. Y su nombradía llegó hasta las extremidades de la tierra. (I. Machb., 3, Barbier, T. 2, p. 132.)”

“Lo que Judas Macabeo hizo para el bien, el escandaloso lo hace para el mal. El escandaloso se levanta, combate con una fuerza que puede más bien llamarse furor mezclado de alegría diabólica, para debastar el campo del Señor. Extiende su ignorancia sobre sus semejantes; viste la coraza del crimen como un gigante; está cargado de armas producidas por el infierno, armas templadas en la sangre de sus hermanos. Semejante a un león en sus obras de muerte, ruge buscando almas para hacerlas presa suya. Persigue a los buenos, y los maltrata: las almas piadosas se asustan y huyen. Tiene la muerte en sus manos;

derrama la tristeza y el desconsuelo; el runío de sus escándalos se propaga a lo lejos, y su nombre acaba por pesar como una maldición sobre la comarca que habita. (Barbier., T. 2, p. 132 y 133.)”

“El verdugo, al darse la lúgubre señal, parte, llega a la plaza pública cubierta de una muchedumbre apiñada y conmovida, se apodera de su víctima, la sujetla, la ata al instrumento del suplicio, luego levanta el brazo, y entonces sucede un silencio horrible, y no se oye mas que el crujido de los huesos oprimidos por la argolla, y los aullidos de la víctima. Ha concluido su tarea, su corazón palpita, pero de alegría, y se aplaude diciendo para sí: Nadie ejecuta mejor que yo. Este cuadro que un sabio escritor –M. de Maistre en sus veladas de San Petersburgo– hace del verdugo de los cuerpos, ¿no puede igualmente aplicarse al escandaloso verdadero verdugo de las almas? El infierno da una señal lúgubre a los escandalosos: su corazón corrompido y cruel comprende esta señal, y parte para seducir y asesinar. Encuentra a un inocente, y lo convierten en criminal: encuentra a un hijo sumiso y lo convierte en parricida. Lo mismo que el verdugo coge a su víctima y la ata en el cadalso de su escándalo, levanta el brazo para matarle, y no se oyen más que los gritos y aullidos de desesperación de la víctima y de su familia deshonrada... Ya ha acabado de matar aquella alma, arrebatándole la inocencia, su salvación, el cielo, su corona, su gloria y su Dios, su corazón palpita, pero no es de remordimiento ni de pena, es de alegría, de la maligna alegría de los demonios, se aplaude y dice para sí, y también públicamente: Nadie ejecuta mejor que yo; nadie asesina mejor las almas; nadie mata tanto como yo. A todas partes llevo la muerte. “*Stans replevit omnia morte. Sap. XVIII, 16.* (Barbier. T. 2, p. 133 y 131.)”

**Eucaristía.**— “Vosotros dividís un pan, y este es el remedio para conseguir la inmortalidad, bálsamo que nos preserva de la muerte, y nos da la vida eterna en Jesucristo. (S. Ignacio, carta a los de Efeso, n. 14, Tric. T. 1, sent. 2, p. 31.)”

“Jesucristo tomó el pan, sustancia criada, dio gracias a Dios, y dijo: Este es mi cuerpo. Tomó el cáliz que también es criatura destinada a nuestros usos, y aseguró que era su sangre. Así enseñó la obla-ción del Nuevo Testamento, la Iglesia recibió de los Apóstoles, y ofrece este sacrificio en todo el mundo al Dios que nos sostiene como primicias de sus frutos en la nueva Ley. La Iglesia es como un paraíso plantado en este mundo. De todos sus árboles podemos comer, nos dice Dios, pero no tomemos de la doctrina de los herejes, no la toque-